

## El negro corazón del crimen (fragmento)

Como su coterie era nutrida, empezó a despedirse temprano. La cubrieron de besos y buenos deseos. Su familia se reservó los saludos finales. Su madre la llenó de recomendaciones incomprensibles, ya había empezado a llorar y Enriqueta se sentía abochornada. Como era de esperar, su padre no le dijo nada. Tenía facilidad para el discurso del rigor pero, a la hora de las emociones buenas, sus palabras jugaban a las escondidas. Se limitó a abrazarla mientras se estremecía. —Te vemos desde la terraza —le gritaban sus amigas, como si ya estuviese en Europa y hubiese que hacerse oír por encima del océano. Se perdió detrás del telón. Sentía alivio y algo más: un poco de cansancio, lo definió, atravesando controles de modo mecánico. Después se sentó a esperar el llamado del embarque. La sala estaba llena de gente ansiosa y sobrecargada. Una niña de no más de dos años arrastraba su muñeca de trapo, la tironeaba de una pierna. Una anciana rezaba en voz baja, pasando cuentas de un rosario que olía a rosas. Por enésima vez, repasó la lista de cosas que no debían faltarle. Había vuelto el pasaporte a su lugar designado, el dinero abultaba allí donde debía. Pañuelos, genioles, material de lectura. ¿Le alcanzarían los libros que había elegido para sobrellevar el vuelo? Echó en falta el libro de Erre. No porque fuese a leerlo en aquellas circunstancias: a esa altura, se lo sabía de memoria. Erre se lo había dedicado, haciendo gala de discreción. Recurrió a una frase en griego:

Μ ι α κ ό ρ η τ ο υ ή λ ι ο υ Mia kóri tou íliou

Que significaba: A la hija del sol. Era una forma de homenajearla y de burlarse en simultáneo de su afición a broncearse; típico de Erre. Al mismo tiempo, se cuidaba de

no ofender a la madre de sus hijas. Conociéndolo, estaba segura de que habría ideado un modo

de venderle a Elina que la hija del sol era ella. Después del paseo por las islas, no habían vuelto a hablar de su desencuentro. Enriqueta no quería decir cosas de las que fuese a arrepentirse. Erre se concentró en el final. Cuando le anunció que había renunciado a la editorial para aceptar otro trabajo, Erre no le preguntó por qué. Se limitó a felicitarla. El sábado siguiente no fue al Tigre. En cualquier otro momento, Erre se las habría ingeniado para averiguar si le había pasado algo. Pero aquella vez no hubo llamados ni emisarios misteriosos. Días después, por intermedio de Horacio, le hizo saber que la necesitaba para corregir galeras. Enriqueta dijo que encantada, siempre y cuando eso no significase nuevos viajes al Tigre. Sus nuevas labores la tenían muy ocupada. Se encontraron en el Tortoni. Hicieron la tarea a cuatro manos.

Hablaron poco, él le preguntó por el trabajo nuevo. Como ella había restablecido las viejas condiciones de su asociación, Erre volvió a tratarla de usted. De algún modo se enteró de que había sacado pasaje. La llamó un día a la oficina y le dijo que los di Chiano y compañía querían organizar una despedida. Aceptó con palabras atolondradas. La aturdía todo aquello que Erre había elegido no decir: cómo es que te vas, por qué te vas, no te vayas. Se arrepentía de no haber llevado consigo el libro porque los libros sirven para muchas cosas, además de la lectura. Con ciertos libros se entabla una relación que supera lo intelectual. Da placer tocarlos, nomás. El modo en que huelen. La forma en que se abren solos en aquellas páginas sobre las que se ha vuelto repetidamente. Siempre exhiben signos de la relación personal que propuso el lector: las marcas y anotaciones que se le han hecho, las manchas de vino o de café, las cosas —boletos de colectivo, flores secas, entradas de cine— que se han atesorado

entre sus páginas. Ciertos libros eran más que libros para Enriqueta. Eran oráculos, talismanes, muletas, semillas del árbol original que se transportaban donde uno fuese, en espera del terreno adecuado.

Un libro era una voz y algo más: la forma física que esa voz había adoptado para expresarse, para hacerse oír. Por eso le había insistido a Erre para que terminase: porque, aunque no hubiesen obtenido justicia, la mera existencia del libro marcaría una diferencia. El libro sería un altar al que los deudos acudirían para venerar a sus muertos. El libro les confirmaría a los sobrevivientes que lo padecido no había sido en vano, que su odisea devendría testimonio. El libro marcaría un antes y un después para los involucrados, sería la expresión palpable de un cambio metafísico: lo que habían descubierto respecto de sí mismos al cabo de aquella experiencia. Un libro, ese libro, era algo que Enriqueta hubiese podido abrazar en el aeropuerto para sentirse mejor, para encontrar consuelo. Pero había quedado enterrado, en una casa a la que tal vez no volvería. Los altavoces anunciaron un embarque. Era la aerolínea correcta —Air France — y el número indicado. Había llegado la hora.

8.

La gente peregrinaba por la pista, en dirección a la escalerilla del avión. El sol desfallecía pero aún pegaba fuerte. No podía oír otra cosa que el bramido de las turbinas. Los pasajeros que marchaban delante se dieron vuelta y empezaron a agitar los brazos. Enriqueta recordó la promesa de sus amigas y los imitó. La terraza estaba llena. Centenares de personas apiñándose contra las barandas de hierro. ¿Cómo identificaría a su coterie? Deberían haber portado banderas y pendones con su nombre. Pero enseguida vio. Suerte loca. Alzó el brazo que le quedaba libre y lo

sacudió de un lado a otro. Sonreír la obligaba a tragar lágrimas, que confluían en su boca.

Olga la ubicó. Tenía que ser Olga, el sombrero que había llevado era inconfundible: parecía un plato que servía un faisán cocido que, milagrosamente, había conservado una pluma. Al instante, todos los que la rodeaban se encendieron. Gritaban su nombre, pegaban saltos. Enriqueta siguió saludando. Su sonrisa se transformó en risa, eso de reír y llorar al mismo tiempo seguía siendo raro, pero no podía evitarlo. Le causaba gracia que su coterie pensase que los saludaba a ellos, cuando no era cierto. Al menos, no del todo. Al principio pensó que no podía ser Erre, que su cabeza le estaba gastando una broma. ¿Cómo podía estar segura, a esa distancia? Pero la evidencia se le fue imponiendo. La resolana que restallaba contra sus gafas. (Eso fue lo primero que vio, lo que concitó su atención.) El contorno de su jopo. La forma en que la saludaba: el brazo alzado y la mano abierta, sin sacudones. Era un gesto seco pero efectivo, Erre en estado puro. Lo separaban de su coterie unas pocas personas. Hasta en eso había pensado. De algún modo había identificado a su familia (lo habría guiado el acento español, el parecido que la unía a su madre) y se había ubicado cerca, para que no tuviese que dividir sus atenciones y saludase siempre en la misma dirección. Y allí estaba: despidiéndose de ella, sin hacerse notar. Enriqueta le sopló un beso y luego otro. Su coterie estalló, como si les hubiese dedicado una verónica. Erre bajó el brazo. Sacudía la cabeza, lo divertían las efusiones de la gente que la amaba. Advirtió que se estaba quedando sola. La mayor parte de los pasajeros la había superado ya. Se le agotaba el tiempo. Voló por el aire un último beso. Ese le salió rabioso, incandescente. Después dio media vuelta y apretó el paso. Desde lo alto de la escalerilla quiso echar un vistazo más, pero ya no vio nada. El sol la enceguecía.

—Bonjour, mademoiselle —dijo la azafata. Enriqueta se enjugó la cara y entró en la máquina.

(2017)